



AL-JARRUBA

la última parada

Domingo Vázquez

AL-JARRUBA
la última parada



Primera edición: julio 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Domingo Vázquez

© Asprovélez

(Asociación Protectora de Disminuidos Psíquicos de Vélez-Málaga).

ISBN: 978-84-19899-20-0

ISBN digital: 978-84-19899-21-7

Depósito legal: M-22135-2023

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi padre, quien nunca tuvo la oportunidad
de ver esta novela publicada, aunque quizás ya la
haya leído.

A mi familia, por su fe e infinita paciencia
con este aprendiz y este proyecto.

¡¡Vamos al lugar!!
Nárralo, con fuerza, sé audaz...
¿No le hablas de mí, el Padre, y la línea del tiempo?

... y el código fue revelado...

En la voluntad de Abba, siendo 4 de mayo de 2019

I

Sevilla, 1481

Prado de San Sebastián

De no ser por lo dramático de la situación, cualquiera hubiera pensado que Sevilla se había engalanado para recibir a sus Majestades.

Gradas llenas de asientos donde no quedaba un vacío; los alrededores desde donde pudiese llegarse a ver el más mínimo detalle atestadas de gentío; palco central para las autoridades, entre las que se encontraba la máxima autoridad de la Iglesia en Sevilla, el cardenal Mendoza, además de otras autoridades eclesiásticas y civiles; solo que el espectáculo lo ensombrecían seis piras, colocadas en el centro del semicírculo que se había preparado para el populacho. Seis piras que, a no mucho tardar, les daría la paz eterna a las almas de seis pobres infelices bajo las llamas.

Era la sentencia que el Tribunal de la Santa Inquisición había dictado. La primera desde su instauración por los Reyes Católicos con el beneplácito de Sixto IV, quienes controlaban la institución gracias a las deudas que el papa tenía contraídas con ellos.

No tuvieron que esperar demasiado. Por un pasillo preparado a la izquierda de donde se encontraba el palco y procedentes del convento de San Pablo, aparecieron maniatados, con un sambenito puesto y un gorro puntiagudo los seis condenados. Todos llevaban

en esa especie de túnica una marca pintada. La procesión la cerraba una mujer. Llamaba la atención la juventud de la muchacha, pues no pasaría de los 20 años. «Demasiado joven para ser hereje», comentaban algunos a su paso, pero el rumor más extendido es que había sido la concubina forzada de Tomás de Torquemada y que una vez satisfecho este —para silenciarla—, la enviaba a la hoguera.

Los hombres y mujeres gritaban de vez en cuando que eran inocentes, a la chica solo le quedaban fuerzas para llorar en silencio. Así fueron llevados los seis cada uno al pie de una pira. A la chica le tocó la cuarta en el centro. Primero subieron y ataron al poste a los hombres y mujeres que no dejaban de gritar su inocencia, y por último a la chica, a la que esta vez sí se le oyó hablar:

—Soy inocente de lo que hoy vais a hacer conmigo. Lo sabéis bien y lo sabe Torquemada. Este es el pago que recibo por todo lo él que ha obtenido de mí forzosamente, pero si de verdad hay un Dios que es justo, esta iniquidad algún día se os cobrará de alguna forma.

No hubo para más. Las seis piras se prendieron y los lamentos hicieron que muchos de los que estaban alrededor comenzaran a marcharse. El espectáculo era dantesco. Al poco el ambiente comenzó a llenarse con el olor a carne quemada y prácticamente se hizo insoportable permanecer allí. Catalina de Rivera, familia del cardenal Mendoza, decidió retirarse.

—Vamos, Alfonso —le indicó al joven que le acompañaba—, esto es inhumano.

Ambos se levantaron y se alejaron de allí totalmente impresionados por lo que acababan de presenciar.

—Pero esto es la Iglesia —dijo Alfonso mientras caminaban—, y esta Iglesia no representa en modo alguno a Jesús. Este jamás torturó, jamás inició guerras santas. A los que somos fieles a su mensaje jamás se nos ocurriría semejante barbarie.

—Lo sé, Alfonso, lo sé, pero ¿quién cambia esto? ¿Nosotros? ¿Cuántas matanzas de judíos se han llevado a cabo ya y no ha pasado nada?

—Pero ¿a quién acudir, entonces? ¿Al cardenal, que ya vistes cómo disfrutaba del horrendo tormento? ¿Al papa, que es quien ha autorizado a los monarcas para poner en marcha todo esto?

—Mendoza fue uno de los principales valedores para la instauración de la Inquisición en este país —contestó Catalina—. En cuanto al papa, de ser ciertos los rumores que corren por las altas esferas eclesiásticas, aparte de homosexual, cosa que no sería de mencionar si no fuera porque este sí comete actos de fornicación, que no te olvides persigue la misma Inquisición que él autorizó, parece estar demasiado ocupado legalizar la sodomía, en recabar rentas a base de impuestos a las prostitutas, a las cortesanas que mantienen relación con los altos miembros de la curia, y a estos por tener relaciones con las cortesanas, además por lo que cuentan no se están escapando de pagar estos impuestos ni los mismos sacerdotes; entre esto y sus amantes ¿tú piensas que le va a preocupar lo que esté sucediendo por estas tierras?

—Pero entonces dime: ¿dónde ha quedado esa Iglesia que dice representar a Jesús, quien en vida solo hablo de perdón, de amor y de hermandad entre toda la humanidad, ya que al ser hijos de un solo Dios todos éramos hermanos? Porque a lo largo de los siglos esta Iglesia no ha hecho otra cosa que derramar sangre en el nombre Jesús y de Dios. He leído mucho a lo largo de estos años, y en ningún lugar aparece una palabra que nos lleve a pensar siquiera en un sacrificio animal, dentro del cristianismo, imagínate esto.

—Te ruego que cambiemos de tema al menos hasta llegar a casa. Esta gente tiene oídos por todas partes y lo que menos quisiera es que te buscases problemas por lo que hablamos —le pidió Catalina a media voz, como si temiera que alguien la oyera.

Siguieron caminando hacia la collación de Santa María, lugar de residencia de ambos, dejando tras de sí ese olor nauseabundo a carne quemada de los seis infelices, lo que les obligó cuando llegaron a casa, a tener que cambiarse de ropas para dejar de olerlo y a asearse.

Eran tiempos oscuros en Sevilla

El brazo alargado de la guadaña de la muerte, disfrazada de inquisidor, llegaba hasta el rincón más perdido, donde cualquier sospechoso de herejía, pudiese sentirse razonablemente seguro.

La llegada de los primeros inquisidores había provocado el pánico en la ciudad. Los judíos habían abandonado en masa Sevilla buscando lugares más seguros. El miedo se extendió por toda Andalucía.

Algunos conversos prefirieron no huir e intentar de enfrentarse a los fiscales con el fin de obligarles a abandonar la ciudad, pero la conspiración fue descubierta y los implicados condenados a muerte. La crueldad con la que los tribunales procedieron en sus autos de fe, fueron causa de clamor y estupor y varias personas destacadas de la nobleza sevillana, se dirigieron a los monarcas pidiendo indulgencia para los nuevos cristianos. Algunos elevaron su denuncia directamente al papa.

Sixto IV, impresionado por las noticias que le llegaban, no tuvo más opciones que reconocer que había actuado precipitadamente al dispensar a los Reyes Católicos la instauración de la Inquisición, reconociendo que los inquisidores habían abusado de su poder.

Fue, tras fuertes presiones diplomáticas llevadas a cabo por los Reyes Católicos, cuando Sixto IV no solo renunció a la pretensión de anular la autorización dada a los soberanos españoles de permitir a los inquisidores seguir en sus cargos, sino que además autorizó la ampliación de su número, si bien pidió que los obispos pudieran recurrir a Roma. Pero el rey Fernando no admitió estas condiciones y de nuevo el papa terminaría cediendo, logrando que al menos pudieran apelar ante el cardenal de Sevilla. Por esas fechas se nombraba como inquisidor general al dominico Tomás de Torquemada, sobre el que recaerá el nombramiento de los nuevos inquisidores y ante el único que podrán apelar.

Ese año será cuando la muerte extienda su negro manto.

Ese año, 1482, dará comienzo la guerra de Granada —este había sido uno de los requisitos de Sixto IV para la instauración del Santo Oficio en el reino—, la Inquisición daría comienzo al mismo tiempo que la reconquista de las tierras moras.

Y así ocurrió. Comenzado el inicio de la Inquisición comenzada la reconquista por parte de los Reyes Católicos.

Lo que resta de al-Ándalus se teñiría de sangre.

II

Sevilla, 1484

A Catalina de Rivera le alcanzó la madurez de su vida en unas inmejorables condiciones personales y familiares. Desde que se casara en 1474 con Pedro Enríquez, hijo del Almirante de Castilla, su posición se había consolidado como una de las familias más ilustres de Sevilla.

Además, tenía una hacienda más que saneada, ya que, entre otros bienes, a los Enríquez de Rivera les resultaba más que rentable las almonas de Triana, monopolio para la fabricación de jabón que, junto a la explotación de extensos olivares heredados por Pedro de su padre, le permitían el abastecimiento de las materias primas. Jabones que estaban considerados como los mejores, no solo dentro de la corona, sino de Europa, posiblemente debido a la excelencia del aceite.

Era de carácter noble y fuertes convicciones morales, pero no se arrugaba cuando había que ser firme, cualidades heredadas —decía— de la educación recibida por parte de su madre, doña María de Mendoza, quien al enviudar, allá por el año de nuestro señor de 1455, hubo de ejercer no solo como madre, sino como gran señora de sus dominios, capaz de enfrentarse al mismísimo rey cuando en 1460 el favorito de Enrique IV, Beltrán de la Cueva, quiso casarse con la hija mayor Beatriz e hizo traer hasta Sevilla al rey para que interviniese en las negociaciones del asunto y doña María terminó resistiendo, casando a doña Beatriz con

D. Pedro Enríquez, provocando la ira de D. Beltrán y el enojo del rey.

No, no era de espíritu débil. Se hablaba de ella por justa, pero no por indolente. Sin embargo, el correo que poco antes le había entregado el servicio había conseguido quebrar su ánimo.

—¡Buscad a Alfonso de Santa Cruz y hacedle llegar que necesito verle con urgencia! —había ordenado a la servidumbre.

Recordaba como algo ya lejano en el tiempo cuando su madre, doña María de Mendoza, atendió a la petición de la madre de Alfonso quien, por entonces no contaba con más de dos a tres años, de acogerlo bajo su protección dada las circunstancias que le acaecían. Según contaba la buena mujer, había enviudado hacía unos meses de su marido Ruy de Santa Cruz muerto en algún callejón de Sevilla debido a la persecución judía de la que era objeto esta comunidad. A ella de adolescía una larga enfermedad que llegaba ya a su fin y ante el desconcierto y el dolor de ver el futuro incierto que acechaba con dientes de lobo a su hijo, había acudido a la conocida caridad de doña María.

Era una familia judía a la que los cristianos viejos llamaban cristianos nuevos producto de la conversión masiva de judíos. Aun así, los judeoconvertos siguieron provocando recelos entre los cristianos viejos al continuar ocupando los nuevos, las posiciones abandonadas por la mayoría de los judíos, como lo eran las de comerciantes, artesanado, prestamistas y sobre todo parcelas de poder en los concejos municipales, ingresando algunos en el clero llegando a ocupar posiciones como las de canónigos, priores o incluso obispos.

Ruy había vivido toda la vida como arrendador y prestamista. Lo fue en su condición de judío y continuó su labor cuando se convirtió al cristianismo. Decía que todos los trabajos eran dignos a los ojos de Dios si se hacían con honradez.

Pero no era esta la visión que tenían de ellos los cristianos viejos quienes veían en ellos los continuadores de las antiguas tradiciones judías, al ser estos los que habían heredado no solo sus riquezas

y sus oficios sino también su doblez en el trato con los cristianos viejos, de ahí su hostilidad hacia los judeoconvertos.

Catalina recordaba como la buena mujer le hablaba y le decía a su madre, que, al educar a su hijo dentro del seno de una familia cristiana, le evitaría los problemas por los que habían pasado ellos en años venideros cuando este creciera, ya que no estaría influenciado por ninguna otra religión más que la familiar, es decir, a ojos de todo el mundo, Alfonso sería un cristiano más dentro de una familia cristiana. A la madre de Alfonso le acompañaban dos jóvenes que portaban dos arcones de medianas dimensiones que la buena mujer indicó lo entraran a la estancia, y sin abrirlo se dirigió a doña María y le dijo:

—Estos son los ahorros que mi familia ha conseguido reunir a lo largo de una vida de trabajo; es la herencia del pequeño. Yo ya no voy a necesitarlos, pero el ruego que le he hecho y que espero que usted acepte, no tiene precio, y además queda la crianza del pequeño. Todo lo que pueda necesitar en los próximos años, espero sea suficiente con lo que guardan esos arcones.

Doña María se apiadó de aquella mujer y aceptó de buena fe hacerse cargo del cuidado y la crianza del pequeño, no obstante, puso reparos en cuanto a los dineros que ella habría de necesitar durante el tiempo que Dios le permitiera permanecer en la tierra.

La madre de Alfonso calmó su inquietud argumentándole que contaba con medios suficientes para el tiempo que el Señor le regalase. Mientras hablaban la mujer hacía continuos esfuerzos por secar las lágrimas que humedecían sus mejillas sin conseguirlo. María de Mendoza le cogió una mano mientras con la otra le cogió la mejilla intentando de hacerle llegar algo de consuelo a su tristeza. No lo logró. Era imposible. La buena mujer, con un llanto ya desconsolado, cogió la mano de doña María y acercándola a sus labios la besó diciéndole un ahogado «gracias, Dios la bendiga»; dio la vuelta y se perdió por las calles de Sevilla.

Doña María llamó al servicio y ordenó que bañaran al pequeño y le vistieran con ropas acordes a su nueva situación, advirtiéndolo-

les de que este no podría salir de entre los muros de palacio hasta que no le hubiera crecido el pelo que llevaba rapado —como era costumbre entre la comunidad judía por cuestiones de higiene—, lo suficiente como para que nadie pudiera sospechar el origen de aquel niño. A Catalina, que se encontraba cercana a ella, le dijo:

—A esta criatura que Dios nos ha confiado hoy, habrás de verle y tenerle como un hermano. Como tal habrás de quererle. Mantendrá sus apellidos por lo que no optará a ningún título de esta familia más allá de lo que él mismo pudiese obtener a lo largo de su vida, pero nadie ha de saber jamás cuál es su origen.

Pasaron los años y aquel niño fue creciendo. Era vivaracho y audaz en sus juegos. Allá por donde pasaba llenaba el lugar de alegría. Rápido de reflejos y con una inteligencia inusual para su edad, lo que le permitió su entrada en la Universidad de Salamanca a la temprana edad de 12 años cuando lo habitual eran 14 para poder hacerlo; pero a Alfonso se le consideró un chico aventajado y le permitieron la entrada.

Pronto el decano de la universidad salmantina pudo comprobar lo acertada que fue su decisión de permitir el ingreso de Alfonso, y así se lo hizo saber a doña María de Mendoza en una carta dirigida a ella al año de las peripecias universitarias del joven, donde alababa, no solo los logros del muchacho, sino la rapidez de reflejos que este mostraba en los debates, la inteligencia con la que se desenvolvía en ellos además de su nobleza a la hora de trabajar duro, sin amilanarse ante el cansancio ni emitir protesta alguna, llevando ventaja al resto del alumnado aun siendo este el más joven.

La vuelta a casa del joven Alfonso como licenciado, tras los inevitables cinco años en Salamanca, los recordaba Catalina como si hubiera sucedido el día anterior. La fiesta y celebración del regreso del hijo al hogar y la de méritos alcanzados fue inolvidable. En su memoria aún permanecía cómo se había perdido su imagen

de infante para alcanzar el rostro de quien —a lo largo de cinco años— no solo se había ennoblecido en la grata tarea del conocimiento sino en la madurez propia del paso de los años. Y de aquel pequeñín y joven imberbe Catalina y la familia se habían encontrado cinco años después con un joven apuesto, de estatura alta para la media común de aquella época, pelo corto, bigote y una pequeña perilla con el resto de la cara rasurada. Vestía de negro con capa del mismo color.

Llevaba una espada y un espadín, cosa que llamó la atención a la familia, aunque —como comentaron otros con buen acierto— no eran tiempos aquellos para gente poco diestra en el manejo de una espada, así que una de las cosas que mejor supo decidir en su momento, fue aprender a manejarla.

Fueron días felices. El joven Alfonso insistió ante doña María en llevar la dirección y las cuentas de todas las empresas donde participara la familia. Era algo con lo que apenas podría saldar la deuda que un día contrajera con su madre. De poco sirvieron a la buena mujer las excusas ni su seriedad a la hora de negarse. Aquel hombrecito ya había tenido una gran escuela donde crecer y a tozudo no le iba a la zaga a la señora y así quedó la cosa; en adelante Alfonso se haría cargo de las cuentas y de cuantas gestiones hubiera menester y una vez se hubiese puesto al día todo el entramado de las diferentes empresas, las administraría personalmente, de forma que a la familia le quedase tiempo para lo que tuviere menester de hacer, a cambio, y en esto doña María tampoco cedió ni un ápice, ella se encargaría de valorar personalmente, justamente su trabajo, ya que de ningún modo —dijo— iba a permitir que lo que fue una palabra dada desde el corazón a una pobre criatura moribunda se convirtiera tras el devenir de los años en un negocio lucrativo para su casa.

El salario lo percibiría Alfonso una vez al mes coincidiendo con el día primero de cada uno. El joven puso algún que otro inconveniente, pero esta vez la que no cedió fue la señora. Acordaron que fuese ella quien administrase los dineros del muchacho y pasaron al gran salón donde todo estaba dispuesto para cenar.

Fue el tiempo el mejor aliado que tuvo Alfonso para demostrar a la familia que no había herrado en la decisión que un día tomaron al depositar la gestión de todas sus empresas en manos de él, pero también fue su peor enemigo —pensó Catalina—. Recordaba bien aquellas conversaciones sin fin en las noches de primavera temprana de Sevilla, sentado bajo el embrujo de las estrellas en los patios de palacio en la collación de Santa María. Allá, cada noche Alfonso se desnudaba ante ella para vestirse nada más que con el aroma a naranjos, jazmines y alguna rosa temprana. Entonces y solo entonces era cuando la magia de la crisálida se hacía realidad y nacía un nuevo ser.

Un ser capaz de pintar en el aire con sus palabras el más feliz de los momentos; la más tiernas de las tristezas; la más dulce de las derrotas; la más verdes de las esperanzas; el más azul de los sueños...

Allí supo Catalina de la pasión de Alfonso por los grandes pensadores griegos y por su tierra, de su curiosidad por China y de su amor tierno e infinito por Jesús de Nazaret y las ganas de conocer Tierra Santa.

Catalina no supo verlo o quizás sencillamente se resistió a ello, pero aquellos dos años que habían pasado desde la llegada de Salamanca y sus encuentros en los atardeceres, había madurado en él, lo que luego sería catalogado por la familia como una idea descabellada, pero que a él al contrario, le alegraba el alma cada vez que pensaba en ello, por lo que no invirtió en tomar la decisión mucho más tiempo y así se lo hizo saber a la familia; había tomado la decisión de hacer la peregrinación a Tierra Santa.

El mes siguiente lo invertiría íntegramente a la preparación del viaje: transporte, rutas, ropas que, dada la naturaleza de la campaña, entendía que deberían ser cómodas, y dineros suficientes para el tiempo que durase el viaje. El trayecto lo acordó con Ambrosio Spindola —un viejo amigo y conocido navegante genovés— y en

él —aparte del viaje— se incluían las comidas y el vino. Saldrían de Sevilla, harían escala en Málaga y Valencia y desde allí si los vientos eran favorables hasta Génova, punto final del viaje. Desde Génova no le sería difícil encontrar algún navío hacia Tierra Santa; es más, el hombre se comprometió con él a realizarle la gestión, para que navegase en las mejores manos.

Una vez hizo los preparativos para el gran viaje, se dedicó en cuerpo y alma, como solía hacer, al que venía siendo su trabajo diario relacionado con las propiedades de la familia al fin de dejar todo de sobra ordenado, para quien tuviese que continuar con la inmensa tarea que él temporalmente debía de dejar.

Y llegó la hora. Fueron momentos muy duros para la familia. No había dudas de que era como un hijo para todos, pero tampoco se les escapaba el hecho de los riesgos del viaje. Para Catalina lo fue especialmente. Las largas conversaciones en los jardines de palacios acompañados solo por los silencios rotos por el rumor de la fuente y el canto de las avejillas en busca de refugio donde pasar la noche, habían creado entre ellos una relación especial. «A esta criatura que Dios nos ha confiado hoy, habrás de verle y tenerle como un hermano y como tal habrás de guardarle», recordó Catalina que le había encomendado su madre cuando Alfonso fue recibido en la familia, pero él supo hacer fácil un camino que a ella se le antojaba en aquellos años difícil. Lo hizo con la familia ganándose su respeto, su admiración y su cariño, y sobre todo supo ganarse su propio lugar dentro de ella; y en corazón de Catalina un rincón que solo las personas especiales pueden ocupar, y Alfonso lo era para ella.

A su lado había descubierto que existían otros mundos además de lo conocido por ella. Mundos a los que él tuvo acceso gracias a los mercaderes con los que trataba a diario debido a sus quehaceres y que luego por las tardes se los dibujaba a ella lleno de matices colores e incluso aromas. Para viajar con Alfonso no hacía falta caminar por ningún sendero, bastaba con oírle.

El viaje decidieron iniciarlo en su primera etapa en el mes de mayo, buscando según el capitán, aguas más tranquilas y mejor

tiempo. La despedida fue dolorosa y Catalina decidió refugiarse en la oración dentro de su alcoba de donde no salía ni para comer, teniendo que ser el servicio quien le asistiese en sus aposentos. Fue doña María quien consiguió que abandonase aquella situación de postración. Sería el tiempo, mes y medio después, quien serenase su alma y le permitiera poco a poco volver a sus quehaceres.

Fue año y medio después, cuando el servicio, totalmente emocionado, entraba en los salones de palacio anunciando la llegada de Alfonso. La noticia voló como hoja que lleva el viento.

Catalina, que era quien se encontraba en el salón en ese instante, salió veloz a su encuentro. Al verle por primera vez no le reconoció al momento, fue su sonrisa la que le devolvió a su gran amigo. Su aspecto, tan cuidado siempre, aparecía ahora descuidado; barba que cubría todo su rostro, y el pelo mucho más largo del que solía llevar. Los largos días en la mar habían curtido su rostro, pero no le habían envejecido —pensó Catalina—, le habían hecho más interesante, resolvió, y no lo pudieron evitar. De su observación mutua e inevitable corrieron el uno hacia el otro y se fundieron en un abrazo intenso pero tierno a la vez. En silencio. No era necesario decirse lo que sus ojos gritaban sin palabras. Se besaron como hermanos de sangre mientras que los ojos de ella brotaban tímidamente unas lágrimas. Alfonso las secó con cariño y le dijo:

—Ya todo terminó, ¿verdad?

—Sí —murmulló ella entre sollozos mientras recostaba su cabeza sobre el pecho de él.

La llegada de Alfonso fue celebrada por la familia como si del primogénito se tratara. Acordaron que era justo darle su tiempo para que pudiese asearse, y descansar hasta la hora de la cena, donde habría tiempo de compartir las buenas nuevas del viaje.

Realmente no supo decidir qué agradeció más, si el baño o el sueño reparador, pero cuando el servicio le llamó para la cena se sintió reconfortado en gran medida, aunque echaba a faltar algunas horas de descanso. Se vistió para bajar a cenar y abandonó la alcoba.

Fue una semana inolvidable. Alfonso era un gran narrador y además tenía todo un año y medio de aventuras; le resultó fácil. La primera etapa del viaje fue de escasa importancia porque todo lo más que el barco estuvo amarrado al puerto de Málaga fue un día. Desde allí a Valencia, donde permanecieron tres días amarrados a puerto, y desde Valencia a Génova, un viaje que según contó, lo hicieron sin problemas y con muy buen tiempo. Había gente que se aburrían irremediablemente, pero para él todo era algo que sumaba a su historia, y que le hacía enriquecerse. Hablaba a menudo con el capitán, donde este le contaba mil y una aventuras y cuando no era con este, era con algún marinero a quien pudiera echarle una mano y a quien también le sobraban las peripecias vividas por contar, y así llegaron a Génova. El capitán —tal y como se había comprometido con Alfonso— hizo las gestiones necesarias para encontrarle un buen barco de confianza donde poder hacer la última etapa del viaje. Acordaron el nuevo capitán y él, el precio por el trayecto donde se incluía igualmente comida y vino y con las pocas pertenencias que llevaba Alfonso embarcó en la nueva nave. Le asignaron puesto en la bodega que iba tan llena de gente que costaba trabajo moverse entre ella sin que alguien se molestara, y al día siguiente iniciaron el viaje a Tierra Santa. La ruta —salvo un par de días de mala mar— transcurrió sin mayores complicaciones. Alfonso continuó con su costumbre de conversar cada vez que le era posible tanto con el capitán como con los marineros y así llegaron a Alejandría, punto final de la primera etapa del viaje. Ahora comenzaba la verdadera peregrinación.

Una vez hubo desembarcado, pensó que —dado el trayecto que se proponía hacer— no era mala idea buscar algún medio de transporte. Estaban las carretas que por un precio acordado le llevaban durante el trayecto que durase un día siempre que le quedase tiempo para volver antes de que anocheciera. Luego estaban los que se ofrecía por un «módico precio» a acompañarle durante todo el tiempo que fuera necesario lo que le suponía una considerable merma en los dineros. Y al final optó por comprar un caballo.

Era la idea más razonable, llevaba poco equipaje y con las alforjas que llevaba el animal era más que suficiente para hacer las rutas, además le ofrecía independencia a la hora de moverse. Pregunto dónde podría hacerse con uno y le indicaron donde se encontraba un buen tratante de caballos. Cuando llegó, el primero que le llamo la atención, fue uno negro azabache de buena alzada. El animal se mostró tranquilo cuando se acercó a él, pero se puso atento y vigilante de todo cuanto sucedía a su alrededor. Respondía al nombre se sultán. Alfonso le paso la mano por la grupa y el lomo y el caballo apenas se movió, se limitó a girar una de sus orejas atento a aquel desconocido. Alfonso continuó con su reconocimiento acariciándole el cuello y la cara mientras le hablaba.

—Tranquilo, sultán —el caballo respondió poniendo enhiestas las orejas—. Tú y yo vamos a hacer grandes cosas juntos, ¿verdad? —le preguntó como si el caballo pudiese entenderle—. Vamos a recorrer grandes caminos. Tendrás en mí un fiel amigo y yo podré contar contigo, ¿verdad? —el caballo, como si le hubiera entendido, terminó relinchando suavemente. A Alfonso le agradó aquel animal, así que después de no pocas negociaciones con el dueño árabe —que era quien regentaba los establos y la posada procedente de la España reconquistada—, que pretendía cobrar más de lo que Alfonso estimaba que valía el animal, al final cerraron el acuerdo en 500 maravedíes, una pequeña fortuna, pensó Alfonso, pero va a merecer la pena. Preparó la montura y sin que el animal pusiera el menor reparo comenzaron la marcha.

Catalina recordaba el viaje como si acabasen de narrárselo, y en ello estaba cuando entro el servicio anunciándole que don Alfonso acudiría a la mayor brevedad una vez hubiese terminado unas tareas que estaba realizando en las almonas. La buena señora hubo de conformarse y de nuevo le volvieron los recuerdos.

Se acordaba de cómo comenzó la ruta en Alejandría y de la decisión que este había tomado: caminaría sin prisas. Estaba a punto de pisar las tierras por las que caminó su fiel amigo Jesús de Nazaret, y no marcharía de allí hasta no conocer en profundidad

cuál fue en verdad su mensaje, cuáles los rincones sobre los que anduvo, quién era en verdad ese Hombre..., misión difícil 1.500 años después, se dijo, pero arañaría hasta el último pedrusco con tal de encontrar algo de su verdad. El tiempo era lo de menos. Sabía administrarse bien y llevaba dineros suficientes para una larga ausencia. Si tenía que renunciar a alguna etapa posterior lo haría sin objeción alguna. Lo verdaderamente importante era Él y su mensaje, pues tenía la certeza, de que todo alrededor de su nombre, su mensaje y sacrificio fue corrompiéndose hasta pudrir los pilares de la santa Iglesia apostólica y romana en Roma, una Iglesia que por cierto Él nunca quiso, dando lugar a que en vez de hacer llegar su mensaje al mundo se fundara el lugar desde donde ese gran mensaje de hermandad, amor y fe fuese manipulando hasta convertirse en una Iglesia manipuladora, en continuas luchas por el poder sin renunciar al asesinato, y donde lo único que importaba era la riqueza.

Catalina comenzó a sollozar. Estar junto a él era como vivir un sueño constante, un viaje a cualquier lugar, recibir un soplo de vida a cada instante..., ya le perdió durante un largo periodo de tiempo, pero el Señor quiso que volviera sano y salvo a su lado, y desde entonces no dejó de dar gracias al Altísimo por ello, pero esta vez...

Esa maldita carta que le habían entregado poco antes no pronosticaba nada bueno en ese sentido salvo un nuevo milagro. Esta vez le perdería para siempre; y las lágrimas brotaron con más fuerza aún. Fue en ese estado como la encontró Alfonso al entrar en el gran salón. Desconcertado aceleró el paso hacia ella mientras sacaba un pañuelo para ofrecérselo al tiempo que preguntaba:

—¿Qué ocurre?

Catalina, por toda respuesta, dado su estado de ánimo, le entregó la carta que tenía en la mano. Alfonso la recogió y observó que llevaba la firma y el sello de la reina. En silencio comenzó a leerla. En ella la reina le advertía que tuviese el mayor de los celos con Alfonso, quien por su falta de prevención se había con-

vertido en objetivo de la Santa Inquisición, además de dejar a la familia en una posición muy delicada por dar cobijo a quien la Inquisición había considerado un hereje. Le hablaba de una carta dirigida al papa con el sello de la familia, que no sabía cómo y de qué manera podía haber llegado a manos de Torquemada. A Alfonso se le hizo la luz inmediatamente al recordar la carta a la que hacía mención la reina. Era una carta que tiempos atrás, dada la situación que se estaba viviendo en Sevilla desde la llegada del Santo Oficio, de temor y muerte cruel y sin sentido, decidió enviar directamente al papa tratando de evitar canales inferiores a los que consideraba no solo inútiles en el propósito de alcanzar alguna gracia, sino contraproducentes, ya que las mismas palabras podían volverse contra él —«manos muy alargadas tiene el diablo», pensó mientras se preguntaba cómo demonios había terminado la carta en manos de aquel sanguinario—. No era la única carta que en aquellos tiempos salían de Sevilla dirigidas al papa pidiendo clemencia. ¿Habría llegado la carta por manos del diablo a las del arzobispo Mendoza? Si él estaba al tanto de la situación de Alfonso, nunca se pronunció al respecto que él supiera, toda vez que este se comportaba como uno más de la familia, pero quizás si la carta paso por sus manos, podría haber dejado de tenerle en consideración, pero todo esto no eran más que especulaciones. La reina, continuaba en su carta, le pedía a Catalina que encontrara el mejor, más alejado y más ocultos de los lugares donde poder dar alojamiento a Alfonso, de quien sabía por ella la alta estima que le unían. Era la única forma de mantenerle alejado de los inquisidores y de cuidar el buen nombre de la familia, de quien —le recordaba— sería un auténtico escándalo en palacio, si se supiera que don Pedro Enríquez, tío del rey Fernando y doña Catalina de Mendoza, prima de D. Diego Hurtado de Mendoza, arzobispo de Sevilla, daban cobijo a un hereje, sobre todo cuando desde este reino, se hacen ímprobos esfuerzos para que nadie sepa que, por el pasado familiar del rey, como bien sabes, corre sangre judía.

Alfonso se arrodilló frente a Catalina que se había serenado algo, la cogió de las manos y le dijo:

—Nunca podrás alcanzar a imaginar el dolor que siento por cada una de tus lágrimas. He sido torpe. De intención noble sí, pero muy torpe. Jamás llegue a pensar, ni por un momento, que la carta iba a caer en otras manos, mucho menos la de ese carnice-ro. A pesar de ser judío de sangre, algo que nunca me ocultasteis y os lo agradecí infinitamente, por voluntad propia decidí seguir vuestro credo y enseñanzas. Desde que tuve noción de las cosas y de quién era, me hice amigo de quien tan solo he llegado a ver en alguna imagen dentro de una iglesia: Jesús. Él, sus evangelios, la vida y vuestro calor como familia, habéis hecho de mí lo que soy, para bien y para mal. Nunca he actuado contra la palabra de Jesús. Él enseñó con palabras, actos de fe y amor entre todos, nunca lo hizo quemando gente en las hogueras o torturando. Otros lo hacen hoy así, con sangre, y dicen representarle a Él. Es contra estos, con los que todos me encontrareis siempre, pero nunca a cambio de tu dolor. El que te he causado daría mi vida por volver atrás y poder evitarlo. En el futuro no será así.

—Pero ¿qué será de ti? —preguntó ella tratando de recomponer el ánimo.

—De mí no debes preocuparte, recuerda que ya me vi no hace mucho viajando por tierras lejanas durante año y medio y aquí me ves.

—No es lo mismo. En aquella ocasión buscaste siempre el calor y la seguridad de estar acompañado casi siempre, y aunque el viaje se prolongó en el tiempo todos sabíamos que volverías. Ahora ¿dónde irás? ¿Qué va a ser de ti? ¿Qué techo te dará calor?

Y las lágrimas volvieron con fuerza a caer por sus mejillas. Era un llanto en silencio, pero se podía sentir el dolor que le acompañaba.

—Pero ¿dónde irás ahora? La reina me ha pedido que sea el lugar más lejano y oculto y eso es porque no se fía de Torquemada, así que vayas donde vayas te buscará.

—El Reino de Granada es aún muy grande y no está bajo dominio cristiano, por lo que la Inquisición allí no tiene nada que hacer, dentro de él debe de haber cientos o miles de lugares que no se encuentren recogidos ni en cartas, de forma que por mucho que quieran buscar nunca sabrán donde hacerlo.